

Unidad 1.

El libro y las bibliotecas en el renacimiento europeo.

Dahl, Svend. Los médicos y su círculo. La biblioteca papal. Matías Corvino. Pp. 84-89. En: Historia del libro. Madrid: Alianza. 1972.

----- La imprenta de la reforma. Pp. 139-141. En: Historia del libro. Madrid: Alianza. 1972.

----- Destrucción de las bibliotecas monásticas. La secularización. Pp.141-145. En: Historia del libro. Madrid: Alianza. 1972.

actuaba ya en este sentido en 1329 en Holanda y Bélgica, y en muchas ocasiones siguió la pista de textos olvidados, como las cartas de Cicerón a Atticus, descubiertas por él en la biblioteca de la catedral de Verona. Amigos en Francia, Inglaterra y Alemania le enviaban libros. Sus favoritos fueron los escritores latinos de la Edad de Oro, y su labor constante fue la depuración en sus obras de los numerosos errores que las continuas transcripciones a través de los tiempos habían ido introduciendo en ellas. En cambio, no dominaba el griego, por lo que esta literatura le era conocida a través de traducciones latinas; a Homero lo leyó, pues, traducido, y en la Bibliothèque Nationale de París se encuentra el ejemplar de la *Odisea* y la *Iliada* que le perteneció, con sus observaciones escritas en los márgenes. Pero no debe de pensarse que Petrarca no se interesó también por la literatura eclesiástica. El humanismo, a pesar de su entusiasmo por la antigüedad pagana, no fue ningún movimiento anti-cristiano y entre sus representantes hubo muchos eclesiásticos. Entre los escritores favoritos de Petrarca figuran tanto San Agustín como Cicerón.

Fue intención de Petrarca que su biblioteca pasase a propiedad de la ciudad de Venecia y fuese abierta al público, por lo que, en lo que se refiere a los tiempos modernos, puede también ser llamado el padre de la biblioteca pública. El que su proyecto no llegase a tener realidad y el que los libros se desperdigasen, no fue culpa suya.

Los Médicis y su círculo. La biblioteca papal. Matías Corvino

Los grandes núcleos comerciales de *Venecia* y de *Florenzia* fueron los centros del mundo del libro en el Renacimiento. En especial en la última, la tendencia humanista obtuvo un sólido apoyo en la corte de Cosme de Médicis y sus sucesores, y el alma motora fue el incansable Niccolò dei Niccoli, quien, debido a su afán

coleccionista, había venido a incurrir en deuda con Cosme y más tarde entrado a su servicio. Con el auxilio de la gran fortuna de los Médicis se reunió una imponente colección de manuscritos. Se consiguieron manuscritos de países más allá de los Alpes, donde los monjes se ofrecían gustosamente a entrar en tratos con los potentados coleccionistas italianos; el más celoso de todos estos fue el secretario papal Poggio Bracciolini, que, durante su estancia con motivo del gran concilio de Constanza, 1414-18, realizó varios viajes a Saint-Gall y otros monasterios alemanes y en ellos siguió la pista de antiguos textos desconocidos. Auténticas expediciones fueron enviadas a Grecia, Constantinopla y Asia Menor, donde los monasterios y bibliotecas bizantinas obtenían espléndidas ganancias de los manuscritos griegos, que de esta forma se libraban de caer en poder de los turcos. Estudiosos bizantinos y griegos huyeron de los turcos a Italia y se convirtieron en guías de la literatura griega. Colaboraron también en la labor de recolecta; en 1490 regresó de un viaje semejante Juan Laskaris, con 200 manuscritos griegos, de los que muchos contenían textos desconocidos anteriormente. Los embajadores de los Médicis tenían el encargo de buscar libros durante sus viajes y en la misma Florencia muchos copistas e iluminadores se encontraban al servicio de los príncipes-mercaderes. También residían en ella los grandes traficantes en manuscritos; el maestro de todos fue Vespasiano de Bisticci, que se esforzó tanto en la corrección de los textos como en proporcionar a sus códices una presentación elegante; en cierta ocasión entregó a Cosme una colección de 200 volúmenes de las literaturas pagana y cristiana, producida por 45 copistas a lo largo de dos años. Poseía los catálogos de una serie de importantes bibliotecas y por lo tanto podía ofrecer a sus clientes muchas informaciones bibliográficas.

Fueron los Médicis quienes hicieron realidad la idea de Petrarca de una *biblioteca pública*. La idea, evidentemente, estaba en el aire. Otro florentino, Palla degli Strozzi, también la había tenido, pero hubo de deste-

rrarse, deportado por Cosme, y fue éste el que, en 1441, tomando como base el legado de libros de Niccolo dei Niccoli, fundó la *Biblioteca Marciana*, llamada así porque se alojó en el convento de dominicos de San Marcos. Otra de las bibliotecas de los Médicis, que debió especialmente su auge al famoso Lorenzo el Magnífico, es la *Biblioteca Laurenziana*; en los años siguientes a 1525, Miguel Angel construyó para esta biblioteca junto a la catedral de San Lorenzo un edificio, famoso especialmente por su espléndida sala central, aún existente, uno de los edificios más bellos del Renacimiento italiano. La Biblioteca Laurenziana se unificó en 1808 con la Marciana y juntas constituyen hoy uno de los mayores atractivos de Florencia, la Biblioteca Mediceo-Laurenziana.

Para que trabajase en la Biblioteca Marciana había buscado Cosme la colaboración de uno de los hombres más doctos de la época, Tommaso Parentucelli, que con esta oportunidad redactó una especie de catálogo ideal de lo que una biblioteca humanística debería contener. Más tarde llegó a ser Papa con el nombre de Nicolás V y fue el fundador de una nueva *biblioteca papal* en Roma, después de haber sido desperdigada la de Aviñón; consiguió reunir una colección de más de 1.200 códices, cantidad que quizá no nos parezca demasiado elevada, pero que sin embargo no cabe duda de que fue la máxima a que alcanzó una biblioteca de la época. Las grandes sumas recolectadas por la Santa Sede en el Jubileo de 1450 las empleó en la adquisición de libros. Mostró, además, especial interés en obtener manuscritos griegos, que hizo traducir al latín por Poggio y otros célebres humanistas, mediante honorarios principescos. Nicolás V no alcanzó, sin embargo, a completar sus grandes proyectos acerca de la biblioteca; ésta no obtuvo locales, espléndidamente decorados, en el Vaticano hasta un papa posterior, Sixto IV, a fines del siglo, cuando había ya superado la cifra de 3.500 volúmenes y era parcialmente accesible al público.

Algunos de los cardenales romanos tuvieron fama como coleccionistas, aunque ninguno superó en ello al

cardenal Basilio Bessarion. También él se dedicó, especialmente después de la caída de Constantinopla en 1453, a coleccionar manuscritos griegos; los obtuvo tanto de Atenas como de Creta y Oriente y debió de invertir un total de 30.000 florines en su biblioteca, la que, de acuerdo con los ideales del humanismo, legó por testamento a Venecia, donde hoy forma la base de la gran biblioteca de San Marcos. Bessarion no fue el único de los humanistas italianos que no dudó en sacrificar cuanto poseía en el altar de la bibliofilia; otros hicieron lo mismo: el antes citado Poggio, y Nicolás V, quien, antes de ser papa, incurrió en grandes deudas con motivo de sus copiosas compras de libros. Tenemos constancia en repetidos ejemplos de que un solo manuscrito especialmente valioso podía costar una pequeña fortuna.

Y, como se ha observado anteriormente, los hombres del Renacimiento gastaban grandes sumas en las encuadernaciones; casi todos los libros del papa Nicolás V en el Vaticano estaban encuadernados en terciopelo carmesí con guarnición de plata. Más tarde volveremos a la encuadernación renacentista y tan sólo haremos aquí mención de que una gran cantidad de encuadernaciones, aun en el siglo xv, eran del citado estilo de estampado en frío del gótico tardío. Se realizaba en piel de ternero, ciervo, cerdo o, cuando se quería una calidad mejor, en cabritilla de Córdoba (llamado *cordobán*). Los hierros con que se estampaba la decoración muestran una gran riqueza de variedades —pero ciertos motivos, como, por ejemplo, la rosa y el lirio góticos, el león, el águila y el ciervo, se repiten una y otra vez—. Gran primor se empleaba con frecuencia en las grandes guarniciones de latón grabadas de los cantos, en las tapas o en los broches. A los cortes se les solía dar color, amarillo o verde, más raramente rojo. Muchas de estas encuadernaciones se encuentran todavía en las bibliotecas y son prueba, con sus artísticas guarniciones y robustas tapas de madera, en las cuales con frecuencia la polilla ha abierto camino, del auténtico mérito de aquellos tiempos. Hay en éstas, como en las encuadernaciones me-

dievales en general, una robustez y una solidez características, que armonizan con las gruesas hojas de pergamino que, al hacer tan pesado el volumen, exigían una encuadernación resistente. En Francia e Inglaterra, en los países nórdicos y, especialmente, en Alemania este tipo de encuadernación fue el corriente durante todo el siglo xv.

La corriente renacentista se difundió en estos países con lentitud; en tiempos de Petrarca se vivía aún, en general, bajo el signo de la escolástica, que igualmente caracterizaba sus bibliotecas. Un hombre como Richard de Bury tuvo indudablemente contacto con Petrarca y otros humanistas italianos, pero no podría haberse llamado un humanista propiamente dicho. En los círculos franceses no se encuentran bibliófilos influidos por el Renacimiento hasta Luis XII, que en el año 1500 se apoderó de la biblioteca de los Sforza, duques de Milán, en Padua, como botín de guerra; aún más, sin embargo, con Francisco I, que imitó en Fontainebleau la bibliofilia de los Médicis y tomó a su servicio al citado griego Láskaris y al célebre filólogo Guillaume Budé.

En Alemania muchos coleccionistas y estudiosos compartieron el interés del Renacimiento italiano por la antigüedad clásica, por ejemplo, el barón Albrecht von Eyb y el obispo Nicolás de Cusa, y bajo el emperador Maximiliano I, del que más adelante hablaremos, Viena se convirtió en el centro del humanismo alemán. El rey de Hungría Matías Corvino, que reinó de 1458 a 1490, mantuvo relaciones directas con Lorenzo de Médicis y en condiciones revueltas y difíciles logró formarse una biblioteca que —aunque con notoria exageración— se calculaba ascendía a 50.000 volúmenes. No se limitó sólo a tener copistas en su corte de Buda, sino también en Florencia; mantenía agentes en Levante, como los Médicis, y adquirió manuscritos del proveedor de estos, Bisticci. Por desgracia, la parte principal de la biblioteca de Corvino fue destruida cuando la conquista de Buda por los turcos en 1526. Sólo 125 de sus libros han llegado a nuestros días y se guardan en varias bibliotecas

públicas como preciosos tesoros; especial interés poseen sus encuadernaciones que, como más adelante veremos, prestan a los *corvinos* un puesto destacado en la historia de la encuadernación.

La patria de los Médicis, Italia, fue, sin embargo, como es natural, el lugar donde su ejemplo fue seguido con mayor entusiasmo y puede observarse que durante el siglo xv un duque italiano tras otro lo siguieron en mayor o menor escala. Uno de los más espléndidos de estos coleccionistas principescos fue el duque de *Urbino*, Federico da Montefeltro, que en su castillo dio albergue a su colección en locales lujosamente decorados y que mantuvo en continuo servicio a unos cuarenta copistas, tanto en Urbino como en Florencia, a las órdenes de Bisticci. El catálogo de la colección de Federigo se encuentra hoy en el Vaticano y muestra lo amplia que fue esta preminente biblioteca renacentista.

Es difícil admitir que los mecenas renacentistas del libro actuasen movidos por intereses exclusivamente idealistas. Igual que en su actitud ante las bellas artes, el interés que muestran por los libros se explica en una gran parte por la vanidad personal y como signo de poder, y por ello no puede negarse un móvil político a todo este espléndido culto de la literatura y del arte del libro. Fuesen cualesquiera los motivos, debe de atribuirse, hasta cierto punto, a este culto el hecho de que fuese Italia, de todos los países, el más dispuesto a aceptar el libro en la nueva forma que adoptó con la introducción del arte de la imprenta. Pero la invención misma del nuevo arte y las etapas primitivas de su desarrollo tuvieron lugar en Alemania.

Lyon y Venecia fueron centros de intensa actividad en esta rama y eminentes artistas prestaron también su colaboración en ellos.

Lo mismo se aplica también parcialmente a los pequeños *libros de horas* franceses ya mencionados y a los correspondientes devocionarios alemanes: *Seelengärtlein* (*Hortulus animae* = «Jardincillo del alma»), en los que intervinieron artistas como Hans Springinklee, así como los llamados *Heiltumsbücher* («Libros de Santuarios»), especie de guías de ciudades visitadas por los peregrinos con descripción y vista de sus monumentos; en una de las mejores colaboró Lucas Cranach. Pero en muchos de estos pequeños devocionarios asoma ya la tendencia a lo sobrecargado que en la segunda mitad del siglo causó la decadencia del grabado en madera tanto en Italia como en Francia y Alemania.

La imprenta de la Reforma

A la artesanía modesta del libro pertenece la mayor parte de la literatura producida por la *Reforma*. La lucha iniciada por Lutero en 1517 contra la Iglesia de Roma fue la señal de grandes conmociones que dejaron también honda huella en la historia del libro. Una formidable corriente de folletos se volcó los años siguientes sobre toda Alemania y países vecinos, siendo una de las armas más eficaces del nuevo movimiento. Con razón se ha dicho que la rápida victoria de la Reforma tuvo como condición la invención de la imprenta. Pero en los innumerables opúsculos alemanes de la Reforma, con títulos con frecuencia provocativos, no se pretendía, por lo general, atender a la decoración más que en lo indispensable; se trataba de literatura de circunstancias y tenía que venderse a precios muy bajos para poder cumplir su misión de propaganda. El papel empeora, los caracteres de Schwabach o de Fraktur, de una grabadura no precisamente irreprochable, se alargan hasta alcanzar las dimensiones del viejo tipo gótico, grabados de madera

gastados se emplean en una impresión tras otra y el trabajo adquiere progresivamente un aspecto de pura artesanía o, podría casi decirse, de «fábrica». Salvo la confección de Biblias y algunas otras excepciones, éste es el aspecto principal que ofrece la gran masa literaria impresa de la época de la Reforma. Pero no debe olvidarse, por otro lado, que la Reforma ocasionó una democratización del libro hasta entonces desconocida, cuyos efectos son incalculables. Puede decirse, con cierta razón, que los esfuerzos actuales hacia la educación popular han tenido su origen en la preocupación del luteranismo por la vida espiritual del hombre medio.

La Alemania del Norte, en la que, al contrario de la parte sur del país, era inusitada la estrecha colaboración entre el impresor y el grabador en madera, figura ahora en primer rango; *Wittenberg*, con su recién fundada Universidad, se convierte súbitamente en un importante centro de la edición; de allí salió, en especial del taller de Melchior Lotter el Joven, gran parte de la vasta producción de sermones y escritos piadosos y polémicos de Lutero, así como también se imprimió la famosa edición primera de la traducción de Lutero del *Nuevo Testamento* (septiembre y diciembre de 1522). La primera traducción completa de la Biblia, de 1534, con hermosas ilustraciones, salió de manos de otro famoso impresor de Wittenberg, Hans Lufft. Dos de los hijos de Lucas Cranach proporcionaron orlas e iniciales para muchos de los impresos de Lutero. Parte de estos, así como Biblias, fueron reimpresos fraudulentamente en gran número, a pesar de las enfurecidas protestas de Lutero, incluso por imprentas prestigiosas en ciudades que se habían adherido a la nueva doctrina como Basilea, Augsburgo, Nuremberg y Estrasburgo.

Los vendedores ambulantes experimentaron un incremento desconocido hasta entonces en el volumen de sus negocios, en especial cuando, además de la Biblia, comenzaron a publicarse libros de himnos religiosos en alemán, vendidos en puestos junto a las iglesias o incluso —por extraordinario que ello nos suene hoy— en el in-

terior de ellas. El catecismo de Lutero fue también mercancía de mucha venta. De uno de los folletos de Lutero se vendieron 4.000 ejemplares en cinco días y de las no menos que 100 ediciones del Nuevo Testamento publicadas durante los años 1519-34, se vendieron en total cerca de 20.000 ejemplares. Alemania entera se vio inundada por los vendedores ambulantes de libros, que tanto en las ciudades como en el campo vendían cantidades ingentes de folletos publicados por el partido luterano o el católico.

Pero, junto a los vendedores ambulantes, los libreros, de los que muchos eran a la vez editores y comisionistas, intervenían en parte de la crecida venta de libros, en especial cuando se trataba de obras de consideración. Dos veces por año, en primavera y en otoño, se reunían en la *feria de Francfort* para negociar, ya que se intercambiaban los libros, pliego por pliego, dando lugar a un tráfico más intenso que antes; se encontraba representado en ella el comercio de librería tanto de Alemania como de otros países. Más tarde, sin embargo, la *feria de Leipzig* eclipsó la de Francfort, y Leipzig ha mantenido hasta nuestros días la posición de centro del comercio alemán de libros. En 1564 se comenzó a imprimir catálogos de los libros que se encontraban a la venta en la feria y de estos *catálogos de feria* proceden los admirables catálogos semestrales del comercio de libros de Alemania de hoy.

Dstrucción de las bibliotecas monásticas. La secularización

La Reforma produjo, por lo tanto, un vigoroso florecimiento literario, pero al mismo tiempo fue la señal para la *dstrucción* de libros ya existentes. En su lucha contra la Iglesia de Roma se vio precisada a atacar toda la literatura católica («papista») y en aquella época de disturbios no hay duda de que perecieron muchos viejos manuscritos monásticos y muchos incunables. En espe-

cial las revueltas campesinas en Alemania en 1524-25 tuvieron calamitosos efectos para las bibliotecas monásticas alemanas, como más tarde ocurrió con las francesas durante las guerras de religión.

No obstante, no es justo echar la culpa principal a los hombres de la Reforma de que sea poco lo que del gran tesoro bibliográfico de la Edad Media ha llegado a nosotros. No se puede desconocer que bastante había sido destruido ya en la Edad Media, parte por los muchos incendios que devastaron iglesias y monasterios, parte debido a la negligencia de los monjes en las postrimerías de la época; mucho fue también destruido por el fuego y las turbulencias bélicas de tiempos posteriores. No debe tampoco olvidarse que, tras la excitación de la primera época, la Iglesia luterana no se mantuvo insensible acerca del valor de los manuscritos medievales; puede aducirse como ejemplo en Dinamarca la ordenanza acordada en el concilio de Odense en 1577 de que «los libros antiguos, misales, graduales, salterios y biblias de las iglesias, bien sobre pergamino o papel, no deben ser tirados ni empleados para encuadernar libros». Y, finalmente, se ha de destacar que el mismo Lutero, en su epístola «An die Ratsherren aller Städte deutschen Landes» («A los consejeros de todas las ciudades del país alemán»), de 1524, recomienda que no se ahorre diligencia ni gasto con el fin de disponer de «gute Librayen odder Bücherheuser» («buenas librerías o bibliotecas»), especialmente en las grandes ciudades. El resultado fue la fundación de muchas nuevas «*Stadt-bibliotheken*», bibliotecas municipales por toda Alemania —el amigo de Lutero, el pastor de Wittenberg, Johann Bugenhagen fue especialmente celoso en el cumplimiento de esta orden del maestro—, y en gran número se constituyeron sobre las colecciones ya existentes en la época católica.

Sin embargo, pocas de estas nuevas instituciones tuvieron gran importancia en sus comienzos, en todo caso no comparable con la que habían tenido las bibliotecas monásticas en su época de esplendor. Si, no obstante, la

Reforma deja huella, en los países en que triunfó, en la historia de la biblioteca, es debido especialmente a su influjo indirecto. Cuando los gobiernos comenzaron a confiscar los bienes eclesiásticos y monásticos (es decir, a *secularizarlos*), fueron con ello a parar a las manos del Estado sus bibliotecas, y no fue siempre un destino feliz el que les tocó en suerte a los viejos libros. Peor sucedió en *Ingllaterra*, donde la secularización ocurrió inmediatamente después del triunfo de la Reforma, en un momento en el que el afán de destruir estaba aún vivo y fue guía de las acciones de los representantes del poder estatal. Ya en el transcurso de los dos primeros decenios que siguieron a la separación de la Iglesia de Roma fue secularizada la mayor parte del total de un millar de bibliotecas de monasterios y de iglesias que contenía el país y los tesoros bibliográficos de muchos sitios sufrieron una suerte desastrosa. Podía esperarse que precisamente en *Ingllaterra*, con su conocida dedicación a todo lo antiguo y tradicional, hubieran dominado las tendencias conservadoras, pero esto ocurrió en muy escaso grado. El bibliotecario de Enrique VIII, John Leland, logró, en un viaje por todo el país durante 1536-1542, rescatar algunos de los tesoros bibliográficos más valiosos y agregarlos a la biblioteca del rey. En cambio, la famosa biblioteca de la Universidad de *Oxford*, que databa del siglo xiv, fue saqueada en 1550 por los emisarios de Eduardo VI, que en parte quemaron y en parte vendieron los libros; seis años después les tocó a las estanterías vacías el turno de ser vendidas. Hasta medio siglo más tarde, en 1602, no fue restablecida, gracias a uno de los estadistas de la reina Isabel, Thomas Bodley (por lo que se conoce aún en nuestros días como The Bodleian Library), y se ha ido paulatinamente incrementando hasta convertirse en la segunda biblioteca de *Ingllaterra*.

En *Dinamarca* no se llegó a esos extremos, pues Cristián III envió a un licenciado alemán a recorrer las iglesias y los monasterios para reunir libros con destino a la *Biblioteca de la Universidad* de Copenhague, fun-

dada en 1482, lo que dio como resultado una gran cantidad de volúmenes. Para el incremento de estas existencias se siguió el procedimiento aconsejado por el propio Lutero, ya que se procuró antes que nada completar cuanto faltaba de los escritos de los Padres de la Iglesia, luego de los escritores latinos y griegos, y, finalmente, de las ciencias jurídicas, médicas y naturales. De forma semejante ocurrió en la patria de Lutero, donde las bibliotecas universitarias ya existentes y las de nueva fundación, como las de Marburgo, Königsberg y Jena, recibieron muchos libros procedentes de los monasterios.

De nuevo en el mismo siglo recibió la Biblioteca universitaria de Copenhague un incremento procedente de las colecciones de los viejos monasterios e iglesias, y los cronistas reales las utilizaron como material para sus obras, pero el resto por lo general fue destruido: los señores feudales de Dinamarca o Noruega, o sus secretarios, no atendieron la recomendación del concilio de Odense, sino que cortaron los viejos manuscritos en pergamino y los emplearon como cubiertas para sus libros de cuentas y sus registros de contribuciones o los hicieron tiras para reforzar con ellas los lomos de los volúmenes. Hojas de viejos manuscritos de Saxo Gramático, por ejemplo, se han descubierto sirviendo de cubiertas del catastro del castillo de Kronborg para los años 1627-1628. Tan extendida estaba la costumbre de utilizar los pergaminos antiguos como cubierta y como encuadernación, que ya a mediados del siglo xvii apenas si en realidad quedaba alguno. Los viejos libros monacales tenían también otros empleos; así muchos de ellos tomaron parte en los festejos celebrados en 1634 con motivo de las nupcias del príncipe heredero Cristián, sirviendo de cartuchos en la gran función de fuegos artificiales.

En los países que siguieron unidos a la Iglesia, por el contrario, subsistieron las antiguas bibliotecas después de los desórdenes de los primeros tiempos, y se constituyeron otras nuevas, sobre todo donde predominaban

los *jesuitas*. Y en estos países, en Alemania meridional y en Austria, en Francia y en Italia, el Estado no secularizó los tesoros bibliográficos medievales hasta los siglos xviii y xix.

La encuadernación estampada con rueda

En Alemania la *encuadernación gofrada* con plancha había ido tomando poco a poco una gran preponderancia y predominó durante todo el siglo xvi, pero la decoración no se siguió realizando sólo así. Ya en 1469 había aparecido una nueva herramienta en los talleres de encuadernación alemanes: *la rueda*; en ella el ornamento se encontraba grabado en el borde de un disco, y al hacerlo girar con presión sobre el cuero húmedo, producía un borde u orla con un ornamento de repetición constante. Este nuevo instrumento representaba una facilidad y un ahorro de tiempo extraordinarios para el encuadernador, por lo que se difundió con toda rapidez y ha mantenido inalterable su posición hasta nuestros días. En las ruedas se grababan como motivos pequeñas imágenes, bien de tema religioso (imágenes de Cristo, escenas bíblicas), bien figuras alegóricas de las virtudes cristianas o retratos de príncipes, etc., sin preocuparse si estos retratos se encontrarían en la línea horizontal de la orla o no. Para el centro se emplearon con frecuencia también ruedas, pero casi siempre dominaba el gofrado o estampado de motivos bíblicos, figuras alegóricas y, sobre todo, retratos. En tiempos de la Reforma, los retratos de Lutero y de Melanchthon, de busto o figura entera se incluyen en el centro de una y otra tapa; se conoce una encuadernación para la cual Lucas Cranach el Joven dibujó estas imágenes de las dos principales figuras de la Reforma. Pero también son corrientes los retratos de príncipes electores y de otros altos personajes o de autores clásicos y muchas de estas imágenes atestiguan el alto nivel alcanzado por el grabado en madera o en metal en los respectivos países.